

ARTICULOS

UNIVERSIDAD CATÓLICA BLAS CAÑAS
BOLETÍN DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA N° 13
Págs. 5-17

1991

FIDEL ARANEDA BRAVO:
SACERDOTE, PERIODISTA,
HISTORIADOR

06-92

MARCIANO BARRIOS VALDÉS (1)

Profesor del Seminario Pontificio y de la Universidad Católica Blas Cañas

ABSTRACT

A short presentation of a XX century priest who became well known for his numerous works related to the Chilean History of Church.

Corta semblanza de un sacerdote del siglo XX, que se destacó por sus numerosas obras relacionadas con la Historia de la Iglesia en Chile.

Estas páginas están motivadas por un sentimiento de gratitud. El sacerdote Fidel Araneda Bravo dejó su rica biblioteca a nuestra Universidad, redactó una sugerente biografía sobre Blas Cañas y siempre manifestó una cálida simpatía por esta institución que lleva su nombre. Este artículo me permitió volver a contemplar la figura y la obra de este generoso sacerdote que me brindó su amistad y que me entregó numerosas pistas de investigación.

El prebendado nació en Santiago en 1906 y falleció en la misma ciudad en 1993. Su padre fue un liberal en lo político; ejerció la caridad con los desvalidos. Su madre era profundamente católica y soñaba con tener a un sacerdote entre sus hijos. Un tío sacerdote indujo a sus padres que lo llevaran al Seminario. Poco tiempo duró sus estadía en este centro educacional. Sus estudios los realizó en el Liceo Lastarria de Providencia desde 1911 en adelante. De su profesor Gabriel Amunátegui, quien lo motivó a interesarse por la Historia, conservó un grato recuerdo.

(1) Para redactar este trabajo utilizó el Seminario realizado en calidad de profesor guía, en la Universidad de Santiago de Chile, con los alumnos Rolando Benavides, Alberto Cornejo, Leoncio Fierro y Carmen Leblanc. A ellos les corresponde gran parte de la información expuesta.

Hasta 1929 trabajó como empleado bancario. Durante nueve años se relacionó con los jóvenes de la Anec, cuyo asesor Oscar Larson lo orientó nuevamente al Seminario. De su nueva estadía guardó recuerdos agradables de la figura paternal y la personalidad motivadora del Pbro. Alejandro Hunneus y del rector Juan Subercaseaux, a quien atribuye el gusto por el arte que este le inculcó. Como sacerdote ejerció un apostolado en parroquias pobres y en múltiples actividades (2).

Su vocación de historiador y escritor se insinuó ya en 1924. En ese año Alone escribía:

“Este joven, muy joven –tendrá dieciséis años–, ha de llegar sin duda a ser un Diego Barros Arana por la forma como empieza. A la edad en que todos se entretienen escribiendo versos sentimentales o revolucionarios, él se divierte haciendo biografía breves, útiles y muy claras de todos los presidentes que han gobernado en Chile desde 1831 hasta la fecha” (3).

Desde entonces no detuvo su pluma hasta entregar unos mil quinientos artículos diseminados en revistas nacionales y extranjeras, amén de numerosos folletos y libros. Sin embargo, su actividad fundamental fue el ministerio sacerdotal, lo que le impidió dedicarse al cultivo de una disciplina como la Historia. Esta exige una larga y paciente investigación en archivos, una frecuente confrontación con quienes comparten estas tareas o en su defecto una activa labor pedagógica con alumnos. Así se logra mayor objetividad, precisión y claridad expositiva.

La ausencia de la docencia universitaria se nota en las obras publicadas por Fidel Araneda. Este intuye acertadamente, conoce en persona muchas de las figuras cuyas biografías nos presenta en sus escritos, revisa fuentes inéditas sobre las actuaciones de los protagonistas de sus obras y no carece del don de la comunicación escrita. Como sacerdote, sus intereses vitales se enrielan por vías distintas a las del investigador paciente que recogiendo y rumiando el contenido de actas, cartas, decretos, declaraciones y otros documentos va puliendo su obra para entregarla acabada y definida.

(2) Pueden conocerse gracias a sus memorias personales publicadas bajo el título *Como se pasa la vida. Recuerdos íntimos*, por la Universidad Católica Blas Cañas.

(3) ALONE. 1924. Citado en la contratapa de *Hombres de relieve de la Iglesia chilena*, Imprenta Chile, Santiago, 1946.

El encuentra una pista, topa con un personaje olvidado y preterido por la memoria de sus compañeros de sacerdocio y, a veces, injustamente desdeñado por quienes debieran preocuparse de él. Trata de redactar al paso una semblanza biográfica para que su ejemplo no se pierda. Su múltiples actividades, propias de su ministerio, le impiden sumergirse en la búsqueda de mayores informes. Por eso muchas de sus bocetos tienen el encanto de lo espontáneo e inacabado. Abre brechas para que otros, con más tiempo y con mejores medios, sigan penetrando en los filones que él ha descubierto. Más que un historiador se podría considerar como un autor de vidas ejemplares.

Este es su mérito y su limitación. Más que historiador es un comunicador social que con soltura y agilidad despierta interés por los personajes que desea dar a conocer o rescatar del olvido. Quien busque en sus obras un análisis acabado, con notas eruditas, se sentirá frustrado y quedará insatisfecho.

Sus obras podrían agruparse en biografías, ensayos sobre obras de arte y memorias sobre barrios santiaguinos y sobre su vida personal. La biografía es un género de larga tradición entre los escritores eclesiásticos, tal vez debido al carácter homilético de las presentaciones al público de figuras venerables. El mismo autor se encarga de aclararnos que ha querido rendir un homenaje al sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo, en las vidas ejemplares bosquejadas en uno de sus libros (4).

Muchas de sus biografías fueron publicadas como artículos periodísticos, otras reproducen oraciones fúnebres en memoria del personaje, no faltan algunas que sistematizan obras más extensas que redactaron otros autores, aunque siempre él introduce aportes nuevos e interpreta sus acciones desde su perspectiva personal. Y finalmente existen las que surgen de investigaciones de fuentes inéditas como las relacionadas con Crescente Errázuriz.

Algunos sacerdotes que dedicaron horas a las actividades literarias son conocidos gracias a él. Como ejemplo podemos citar las biografías de Juan Salas Errázuriz, de Guillermo Junemann, de Bernardo Cruz Adler y de Carlos Silva Cotapos.

(4) FIDEL ARANEDA BRAVO, *Obispos, sacerdotes y frailes*, p. 9.

Por razones del público al cual se dirige y el propósito que le anima, no incluye en sus trabajos las notas bibliográficas correspondientes cuando cita a los autores consultados. Solamente se contenta con las comillas. Indudablemente que tal manera de publicar no satisface al lector que desee realizar una investigación más acabada, pero resulta más conveniente para el lector común que se acerca al escrito con ánimo de conocimiento directo de la personalidad. Fidel Araneda tiene conciencia del hecho y así lo señala.

Una personalidad eclesiástica, esbozada en su libro *Obispos, sacerdotes y frailes*, es la de Blas Cañas. Este sacerdote, que vivió en la segunda mitad del siglo pasado, es una figura ejemplar por su caridad. Su virtud rayó, a veces, en lo heroico. Para no herir y perjudicar a quien lo había infamado, prefirió suponer otras intenciones. Crescente Errázuriz, testigo personal de esta decisión de Blas Cañas, lo relata en *Algo de lo que he visto* (5).

Los sacerdotes diocesanos Blas Cañas, Agustín Gómez, Fortunato Berríos y el arzobispo Manuel Vicuña fueron dignos imitadores de san Vicente de Paul y dieron ejemplos de fraternidad de los cuales Araneda se esmeró en dejar constancia. Así lo consigna en el prólogo de una biografía más extensa que publicó sobre Blas Cañas bajo el título de *Apóstol y mendigo*:

“Para la generación presente, que ignora la Historia de Chile y mucho más la de la Iglesia, el presbítero don Blas Cañas es un desconocido. A sesenta y tres años de su muerte sólo se le recuerda en la Casa de María, que es obra suya y entre la escasa parentela sobreviviente. En Europa o en Norteamérica, don Blas Cañas, con sotana y todo, ya tendría el monumento con que las naciones recuerdan y honran a sus mejores hijos.

Cuando un hombre logra descubrir la necesidad del tiempo en que vive y se consagara a ella, tiene que ser un alma privilegiada, un escogido de Dios y no puede ser olvidado por su pueblo. Y don Blas Cañas era eso y nada más que eso, un gran corazón, un varón bonísimo” (6).

(5) CRESCENTE ERRÁZURIZ, *Algo de lo que he visto*, pp. 291-308.

(6) FIDEL ARANEDA BRAVO, *Apóstol y mendigo*, p. 13. Los deseos de Araneda se cumplieron cuando el Instituto Superior de Estudios Profesionales recibió el nombre de Blas Cañas (hoy Universidad Católica Blas Cañas).

El sacerdote, protagonista de esta biografía, se dedicó durante su vida al apostolado entre la gente más necesitada. Para salvar a la juventud femenina, que por necesidad podía despeñarse por la pendiente de la prostitución, creó la Casa de María. Y para forjar ciudadanos eficientes y honrados de la juventud masculina, azotada por la miseria y la pobreza, fundó el Patronio San José (7).

Varias plumas antes de Araneda se habían preocupado de esta amable y simpática figura. El mismo autor alude a ellas al señalarnos las fuentes de información que utilizó (8). Efectivamente, Araneda aprovecha a todos los escritores nombrados y añade algo de su propia cosecha. Pero es la manera de presentarlo lo que cambia y hace agradable la lectura sobre su personalidad y actividades. Gracias a esta biografía se conocen algunos pormenores de la vida social y las tendencias jansenistas que coloreaban la espiritualidad de la época.

Crescente Errázuriz, arzobispo de Santiago, cuenta con tres biografías escritas por Fidel Araneda (9). Ellas fueron criticadas positivamente por Walter Harnisch (10) y por Julio Jiménez (11). Este destaca que la obra, publicada en 1956, sigue teniendo vigencia, pues no ha sido superada. Sorprende que una personalidad que llegó casi al centenar de años, y que vivió íntimamente entrelazado con sucesos importantes de nuestra historia nacional, carezca de un estudio más acabado y definitivo. Fidel Araneda entregó datos e incitó a la investigación, pero no ha surgido hasta el presente el historiador que recoja la sugerencia.

Es conveniente recordar que Crescente Errázuriz fue un historiador eclesiástico influyente, fue uno de los primeros redactores en periódicos que defendieron las libertades de la Iglesia ante los atropellos o excesos del sistema patronista que propiciaban los liberales del siglo pasado. Intervino en las negociaciones que solucionaron la *impasse* de la sucesión arzobispal después del rompimiento en 1883, tratando de limar las posiciones de Balmaceda y de Casanova en relación al juramento civil de los obispos. Sufrió y ayudó a sus amigos sin discriminar políticamente durante la revolución de 1891. Desaconsejó el pronunciamiento militar

(7) La congregación religiosa fundada por Blas Cañas administra actualmente el Liceo Comercial Blas Cañas, situado en la calle Carmen, entre Blas Cañas y Curicó. En él funcionó en los primeros años la Universidad que lleva su nombre.

(8) *Ibid.*, p. 16.

(9) La última lleva el título de *El arzobispo Errázuriz y la evolución política y social de Chile* e incluye lo tratado en las dos primeras.

(10) *Mensaje* n. 18 (1953), p. 140.

(11) *Mensaje*, n. 56 (1957) pp. 18-28

que algunos políticos intentaban contra el gobierno constitucional de Ramón Barros Luco. Inició la campaña para que el clero se abstuviera de participar en la lucha partidista que dividía al país. Como arzobispo ordenó el retiro de las candidaturas parlamentarias de los sacerdotes Clovis Montero y Miguel León Prado, amén de imponer la abstención del clero en las actividades del partidismo político.

En una biografía sobre monseñor Juan Subercaseaux, Fidel Araneda expresa su deuda con quien fuera su Rector del Seminario. El fue quien le infundió el gusto y el aprecio por el arte. Fruto de la formación recibida en el Seminario y de su personal sensibilidad estética, fue su preocupación la conservación del patrimonio artístico de los templos y el estímulo brindado a quienes se dedican a embellecerlos.

De los numerosos artículos dispersos en revistas y periódicos, hay tres que sintetizan lo expuesto en el resto. Ellos son *La Arquitectura religiosa en Chile*, publicado en el número extraordinario de la revista *Zig-Zag* en 1955; *La Iglesia Catedral de Santiago*, en la Revista Chilena de Historia y Geografía en 1973 y 1974; *El Barroco jesuita chileno*, en la revista *Atenea* en 1967.

Casi todos sus estudios sobre los templos chilenos siguen el mismo orden y se ciñen a la misma estructura. Comienza relatando sus orígenes, continúa exponiendo los problemas que enfrentaron sus constructores, los describe en todas y cada una de las partes, comenta sus transformaciones a través del tiempo y finaliza pasando revista a las piezas de arte que guarda: obras de orfebrería, cuadros pictóricos, retablos, esculturas y otros pormenores. Salpica su exposición con paletadas impresionistas sobre su valor. Después de referirse a las iglesias del Norte y a otras del Centro, concluye que Chile es el país sudamericano más pobre en el arte religioso.

Pero si hay un templo sobre el cual se complace en escribir, es la Catedral Metropolitana. Probablemente sea el que mejor conoció. Su cargo de canónigo y de director del museo artístico catedralicio le permitían frecuentarlo. Todos los días lo recorría, por lo cual cada rincón de la Catedral, cada uno de sus cuadros, retablos, altares, sillones y vasos sagrados le fueron familiares. Por su contacto con ellos se impregnó de afecto y aprecio, por lo cual no es de extrañar la cálida emotividad que vibra en el ensayo sobre la Catedral:

“Es necesario dar a conocer a chilenos, hispanoamericanos y extranjeros en general, el valor artístico de la Catedral de Santiago que, a

pesar de las desafortunadas transformaciones de 1898 y de la existencia de iglesias mejores y más hermosas en el continente americano, la nuestra, por la elegancia y airocidad que tienen los espacios de sus arcos, y las obras de arte barroco bávaras que en ella se guardan, no deja de ser un monumento digno de estudio y de figurar en la Historia del Arte y de la Arquitectura Latinoamericana" (12).

Fidel Araneda declara explícitamente que evitará hacer una historia de todos los templos catedralicios que se han levantado y que fueron destruidos por los terremotos e incendios (13). Se dedica exclusivamente al último de los edificios, al actual, para presentar su historia y la de sus transformaciones. Tampoco analiza las joyas, cálices, ornamentos preciosos, imágenes de madera y muebles que han desaparecido. Escribe como juez implacable:

"Tal lamentable pérdida hay que atribuirle, principalmente a la absoluta carencia de gusto artístico de la mayoría de los antiguos canónigos y de los prelados de la arquidiócesis, quienes fuera de faltarles el innato sentido de la estética, en el Seminario se vieron privados de mentores que les formarían el espíritu artístico, como lo tuvimos los sacerdotes de nuestra generación que contamos con un maestro de arte sacro de la eximia calidad de monseñor Juan Subercaseaux, nacido en una familia de artistas y dotado de especiales aptitudes para el cultivo de las bellas disciplinas" (14).

Entre relatos y comentarios estéticos lanza sus ácidas acusaciones contra el canónigo Ildelfonso Saavedra que reemplazó la bella imagen de madera de san Francisco de Paula por una de yeso en honor de santa Rosa de Lima. Pero su indignación sube de tono al referir las discusiones y votaciones del Cabildo Eclesiástico respecto a las transformaciones que iniciara el arquitecto Cremonesi. Su posición se fundamenta en las cartas originales del Cabildo Metropolitano:

"En septiembre de 1898 comenzó la devastadora transformación de la primitiva catedral, construida con tanta sobriedad y sacrificio por los obispos González Melgarejo y Alday y terminada con no menos

(12) *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n. 141, (1973), p. 159.

(13) Se contenta con resumir lo que escribieron al respecto Benjamín Vicuña Mackenna, Eugenio Pereira Salas y Luis Roa Urzúa.

(14) *Revista Chilena de Historia y Geografía*. *Id.*

penuria por los arzobispos Vicuña y Valdivieso, y que durante un siglo fue el más bello exponente de la sencillez y digna pobreza del viejo Chile. Si era necesario e imprescindible restaurar el templo, constituía un atentado contra el arte y el buen gusto embadurnarla para dejarla convertida en un cursi exponente de la Bella época" (15).

Continúa señalando el silencio de complicidad que ocultó el desacato contra la espléndida iglesia. Solamente transcribe la dura crítica que hiciera al arzobispo Mariano Casanova el periodista Carlos Silva Vildósola. Pero no todo es lamento, el autor describe y comenta las formas de los altares laterales, de los túmulos funerarios dedicados a los arzobispos y de algunos detalles valiosos del frontal del altar mayor.

La segunda parte de este estudio comprende la enumeración de las tumbas, un estudio sobre las campanas y algunos comentarios sobre las pinturas de la sacristía. Comentarios similares le merecen los objetos de plata y marfil como la Sala Capitular. Pero se detiene amorosamente en la descripción de las obras de orfebrería que guarda la sacristía. Como ejemplo cito la relacionada con el cáliz:

"Concebido con alto espíritu religioso, por no decir místico, y ejecutado con altura de artista; para mirarlo es necesario el lente del joyero; los ojos humanos son incapaces de observar los mil pormenores de tan admirable y singular trabajo. Algunas escenas de la vida de Cristo inspiraron al orfebre. En el pie del cáliz esta la agonía del Getsemaní; Jesús recibe el consuelo del ángel y más allá se ven los discípulos dormidos...

Quien no conoce este cáliz se imagina que los cuadros descritos son apenas trazos o bosquejos sin mayor perfección; pero se trata de miniaturas acabadas, con todos sus pormenores, y hasta expresión en los semblantes" (16).

Entre los aportes de los jesuitas, el autor destaca las obras de las iglesias de Graneros y de las jesuitas de La Serena. De las obras de platería y orfebrería, el cáliz, la custodia y el frontal de plata del altar de la Catedral. De la custodia,

(15) *Ib.* p. 180.

(16) *Ib.* n. 142 (1974), p. 112.

considera que en Hispanoamérica solamente la aventaja la del Cuzco. Entre las esculturas señala la belleza del san Sebastián de la parroquia de Los Andes y el san Francisco Javier de la Catedral, aunque no deja de comentar el san Pablo de la Avenida Matucana y el crucifijo de san Francisco Solano.

Una serie de reseñas críticas sobre obras relacionadas con el arte en Chile y en Hispanoamérica completan su aporte. El ha escrito con el propósito de salvar del olvido lo poco que tenemos y muy especialmente para infundir a sus hermanos en el sacerdocio el aprecio y el respeto por el patrimonio artístico que tuvo la Iglesia chilena y que hoy anda disperso y mutilado por doquier, especialmente después de la ráfaga iconoclasta que sufrió el clero en los decenios 1950 y 1960.

Fidel Araneda inició en 1971 una serie de publicaciones que tienen el aura de la nostalgia y del recuerdo. En las 262 páginas de sus *Crónicas del Barrio Yungay* se palpa el cariño que siente el autor por el barrio en que asentó su vida después de ejercer en él el ministerio parroquial en san Saturnino. Supo recopilar informes y recrear la vida del barrio conversando con vecinos antiguos, respetables y populares, a ellos añadió sus recuerdos personales y sus íntimas vivencias. Conoció sus calles y sus casas como la palma de la mano.

Nada de lo que guardan los muros de las casas situadas entre Cumming y Matucana, Moneda y San Pablo le son desconocido. Por eso su evocación logra recrear el ambiente del pasado y entregar en sus descripciones un lienzo realista y objetivo de sus calles, plazas, casa y personalidades. La figura del industrial Blas Caffarena Chiozza, quien ancló en el barrio después de una azarosa trayectoria por distintos continentes, parece sacada de una novela de aventuras. La semblanza que nos presenta aspectos anecdóticos del sabio polaco, Ignacio Domeyko, posee el atractivo de lo inesperado por su originalidad. Junto al boceto que indica perfiles desconocidos del poeta Eusebio Lillo, constituyen los retratos mejor logrados de los ilustres vecinos del barrio. Otras personalidades que vivieron en el barrio y dejaron recuerdos de su estadía en él son Augusto D'Halmar y Joaquín Edwards y los monseñores Juan Ignacio González Eyzaguirre y Pío Alberto Fariña. Es probable que gran parte de los conocimientos del barrio los obtuviera el autor en sus conversaciones con el pintoresco personaje que aparece en las crónicas, el comerciante italiano César Rossetti, a quien presenta como el verdadero archivo del barrio.

Sus *Crónicas de Providencia* carecen de entusiasmo. En ellas quiso dejar el recuerdo de lo vivido en su niñez y juventud junto con evocar dos figuras que

influyeron en él: Gabriel Amunátegui, profesor del Victorino Lastarria, y Alejandro Hunneus, profesor y rector del Seminario.

El mismo halo de recuerdos personales con algo de crónica, biografía e historia caracteriza su obra *Oscar Larson. El clero y la política chilena*. En 177 páginas nos pone en contacto con el destacadísimo y brillante hombre de Iglesia, quien puso su inteligencia y empeño en la formación de la juventud chilena de la Anec y despertó en ella el interés por los problemas analizados en la *Quadragésimo Anno*.

La peculiaridad de esta biografía radica en el hecho de que está construida sobre la base de la propia experiencia vital del autor, quien refiriéndose a lo íntimo y personal, escribió

“He procurado dibujar el retrato con todas las luces y sombras que permiten presentarlo como yo lo vi, a través de cuarenta y cinco años, sin consultar otras opiniones” (17).

Finalmente esta somera y superficial exposición de la labor intelectual realizada por el prebendado Fidel Araneda, culmina con un comentario sobre sus Memorias publicadas por el Instituto Superior de Estudios Profesionales Blas Cañas y que él tituló *Como se pasa la vida. Recuerdos íntimos*. Indudablemente que son recuerdos íntimos, pero se abren a otras personalidades y a los acontecimientos importantes de nuestra historia, dado que el autor participó en círculos religiosos y culturales influyentes en la cultura, la política y la vida religiosa de nuestro país. Bastaría señalar la Anec y la Academia Chilena de la Lengua, dos instituciones en las cuales participó activamente.

Estos recuerdos íntimos de Fidel Araneda tienen la impronta propia de su personalidad franca y abierta. Sin tapujos se refiere a personas conocidas en el ámbito nacional. Exalta lo bueno y positivo de sus actuaciones, sin ocultar lo negativo que los derriba del pedestal en que otros los habían colocado. Otras veces, vuelve a su sitio a personalidades no bien conocidas, como ha sido el caso del arzobispo Horacio Campillo. Por primera vez aparece en estas memorias algo del diario personal del canónigo Arturo Pérez, que devela el sigilo con que se fraguó el nombramiento del primer arzobispo de Santiago al margen del Patronato.

(17) FIDEL ARANEDA BRAVO. *Oscar Larson. El clero y la política chilena*, p. 177.

Su relación personal con el sacerdote Guillermo Viviani nos sugiere una breve reflexión respecto de quienes difunden muy buenas ideas de apostolado social con su palabra y escritos, pero que en la realidad diaria las olvidan con facilidad. En cambio, un párroco abnegado, muchas desconocido por la opinión pública y marginado en cualquier historia, practica por imperativo evangélico la doctrina social de la Iglesia.

Las anécdotas de su vida en el Seminario y de su paso por la Facultad de Teología nos introducen en el acontecer diario de estos centros educacionales. Interesantes y un tanto discutidos resultan sus recuerdos acerca de su paso por Bolivia y el Perú. Valiosos son sus comentarios sobre la arquitectura y el arte colonial de ambos países y parciales sus juicios sobre su clero.

Esta corta semblanza de Fidel Araneda Bravo, sacerdote, periodista, director de revistas, director del museo artístico y canónigo de la Catedral Metropolitana, miembro de la Academia Chilena de la lengua, integrante de la Anec, polemista y autor de más de mil artículos periodísticos, autor de un número similar de reseñas bibliográficas en periódicos y revistas nacionales y extranjeras, párroco de san Saturnino, puede completarse con la lectura de sus memorias personales y de algunas de sus principales obras historiográficas que adjuntamos a continuación. Para finalizar, quisiera señalar que entre los años 1940 a 1960 Fidel Araneda Bravo fue casi el único que se dedicó a mantener el interés por la Historia de la Iglesia en Chile.

Bibliografía

Esta es una lista sumaria. No incluye los artículos de periódicos y diarios que suman más de mil, ni los artículos literario y religiosos. Tampoco sus reseñas críticas que superan el millar. Solamente se enumeran los escritos de carácter histórico.

1. El arzobispo Vicuña, *La Revista Católica (R.C.)*, 1938, pp. 2-9.
2. Don Joaquín Larraín Gandarillas, *R.C.*, 1938, n. 847, p. 457.
3. Monseñor Luis Silva Lezaeta, *R.C.*, 1939, n. 857, pp. 338-347.
4. Obispo Monseñor del Canto, *R.C.*, 1940, n. 869, p. 217.
5. La obra social en Chile, *R.C.*, 1941, n. 884, p. 433.
6. Don Toribio Medina y la Historia eclesiástica chilena, *R.C.*, 1952, n. 964, pp. 519-522.

7. *Hombres de relieve de la Iglesia chilena*, Imprenta Chile, Santiago, 382 pp. (Primera serie).
8. *Hombres de relieve de la Iglesia chilena*, Imprenta El Esfuerzo, Santiago, 1946, 230 pp.
9. *Apóstol y mendigo*, Imprenta Chile, Santiago, 1949, 203 pp.
10. *Don Crescente*, Dirección General de Prisiones, Santiago, 1956, 206 pp.
11. O'Higgins y el Padre Jorge Bravo, *Nuevo Zig-Zag*, 10.07.1952.
12. Don Crescente, *Nuevo Zig-Zag*, 06.12.1952.
13. *Monseñor Ramón Angel Jara (obispo de La Serena)*, La Nación, Santiago, 1953, 16 pp.
14. El arzobispo Valdivieso, *R.C.*, 1954, n. 969, p. 1015.
15. La Iglesia Catedral de Santiago, *Zig-Zag*, 03.12.1954.
16. El templo de Santo Domingo, *Zig-Zag*, 16.04.1955.
17. Don Arturo y la Iglesia, *Zig-Zag*, 27.08.1955.
18. Los arzobispos de Santiago en la historia de Chile, *Zig-Zag*, 23.06.1956.
19. La parroquia de San Francisco Solano, *Zig-Zag*, 24.11.1956.
20. *El arzobispo Errázuriz y la evolución política y social de Chile*, Editorial Jurídica, Santiago, 1956, 248 pp.
21. *Los noventa años de su Eminencia el Cardenal Caro*. Editorial Signo, Santiago, 1956, 31 pp.
22. El arzobispo don Mariano Casanova, *RC.*, 1958, N° 981, pp. 2030-2048.
23. Monseñor Alejandro Huneeus, *Zig-Zag*, 15.02.1958.
24. Cincuentenario de la muerte del arzobispo Mariano Casanova, *Zig-Zag*, 17.05.1958.
25. La Iglesia en la Independencia Nacional, *Zig-Zag*, 20.09.1958.
26. Monasterios benedictinos, *Zig-Zag*, 18.10.1958.
27. El clero en la Emancipación de Chile, *Zig-Zag*, 18.09.1959.
28. El prócer eclesiástico José Ignacio Cienfuegos, *Zig-Zag*, 1960.
29. El historiador obispo Silva Lezaeta, *Zig-Zag*, 05.02.1960.
30. El clero de Chile en la Guerra del Pacífico, *Zig-Zag*, 19.02.1960.
31. El canónigo J. Francisco Meneses, primer vicerrector de la Universidad de Chile, *AUCH.*, 1961, N° 123, pp. 172-181.
32. Los ocho arzobispos de Santiago, *Zig-Zag*, 23.06.1961.
33. Los comienzos de la Iglesia en Chile, *Zig-Zag*, 30.06.1961.
34. El clero y los asuntos eclesiásticos en el primer Congreso Nacional, *Zig-Zag*, 14.07.1961.
35. El clero en el Cabildo del 18 de septiembre de 1810, *Zig-Zag*, 15.09.1961.
36. El prócer ignorado (Don Vicente Larraín y Salas), *Zig-Zag*, 14.08.1962.
37. Diputado inadvertido y después obispo, *Zig-Zag*, 02.11.1962.

38. El templo de la Merced, *Zig-Zag*, 08.03.1963.
39. Antofagasta, San Pedro de Atacama y Chuquicamata, *Zig-Zag*, 12.04.1963.
40. El templo del Señor de Mayo, *Zig-Zag*, 24.05.1963.
41. Iglesia del desierto de Atacama, *Zig-Zag*, 01.11.1963.
42. *Obispos, sacerdotes y frailes*, Editorial San José, Santiago, 1962, 262 pp.
43. *El obispo José Hipólito Salas*, Santiago, 1963, 128 pp.
44. La filosofía de don Juan Egaña, *Atenea*, 1966, N° 411, pp. 283-290.
45. El barroco jesuita en Chile, *Atenea*, 1967, N° 418, pp. 85-122.
46. *El Papa León XIII y los problemas sociales y políticos de Chile*, Imprenta San José, Santiago, 1967, 54 pp.
47. *El obispo monseñor Melquisedec del Canto*, Imprenta San José, Santiago, 1967, 23 pp.
48. *Breve historia de la Iglesia en Chile*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1968, 207 pp.
49. *Un lingüista polémico: Manuel Antonio Román*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1970, 162 pp.
50. Los eclesiásticos y los conquistadores de Chile, *Eco de Lourdes*, (1972), N° 854, pp. 89-90.
51. La Iglesia Catedral de Santiago, *RCHHG.*, (1973), N° 141, pp. 159-198.
52. El museo de la Catedral de Santiago, *RC.*, (1973), N° 1024, p. 87.
53. La Iglesia Catedral de Santiago, *RCHHG.*, (1974), N° 142, pp. 95-118.
54. *El poeta sacerdote Luis Felipe Contardo 1880-1922*, Imprenta San José, Santiago, 1972, 22 pp.
55. *Homenaje a monseñor Oscar Larson*, Imprenta San José, Santiago, 1972, 11 pp.
56. *Monseñor Juan Francisco Fresno Ingunza*, Imprenta San José, Santiago, 1973, 89 pp.
57. *Rubén Castro Rojas*, Editorial El Imparcial, Santiago, 1976, 10 pp.
58. *Dos actos discutidos del arzobispo Valdivieso*, Imprenta San José, Santiago, 1978, 16 pp.
59. *Obispos y sacerdotes en la revolución de 1891*, Editorial Nascimento, Santiago, 1980, 38 pp.
60. *Crónicas del barrio Yungay*, Editorial Imprimatur, Santiago, 1972, 265 pp.
61. *Crónicas de Providencia*, Editorial Nascimento, Santiago, 1981, 142 pp.
62. *Oscar Larson. El clero y la política chilena*, Imprenta San José, Santiago, 1981, 177 pp.
63. *Más antecedentes sobre la intervención de los eclesiásticos en la caída del presidente Balmaceda*, Editorial Nascimento, Santiago, 1982, 42 pp.
64. *Historia de la Iglesia en Chile*, Ediciones Paulinas, Santiago, 1986, 812 pp.
65. *El clero en el acontecer político chileno 1935-1960*, Santiago, 1988, 146 pp.
66. *Como se pasa la vida. Recuerdos íntimos*, Instituto Profesional de Estudios Superiores Blas Cañas, 1992.